

**Presentación**  
**Comunicación, sociedad e interculturalidad:  
una visión crítica**

**César San Nicolás Romera**

Universidad de Murcia  
cnicolas@um.es

**Fernando R. Contreras**

Universidad de Sevilla  
fmedina@us.es

El fenómeno de la interculturalidad ha impuesto, durante los últimos años, la necesidad de adaptar la investigación y la reflexión académicas a los retos de interpretar y gestionar el contacto entre culturas desde una suerte de perspectivas encadenadas. Sin duda, la sociología, la antropología y la comunicación participan abiertamente en esa carrera frenética por incorporar claves de análisis que faciliten una mejor comprensión de dichos fenómenos. En este número que ahora presentamos hemos pretendido canalizar toda esa inquietud de análisis focalizando la atención en la Comunicación Intercultural como dispositivo responsable de gestionar propuestas válidas de estudio, sin renunciar –lógicamente– a las prestaciones que el resto de disciplinas de las Ciencias Sociales aportan.

La cuestión intercultural no es nueva y desde antiguo ha estado vinculada con una dinámica propiciatoria de integración *versus* exclusión. Iuri Lotman llamaba la atención sobre cómo los antiguos griegos llamaban *bárbaros* a los persas y egipcios, que les superaban por la riqueza de su tradición cultural; los romanos consideraban *bárbaros* a los cartagineses y a los griegos. Las estirpes arias, que habían conquistado la India, denominaban con la voz sánscrita “mleceha”, que participa de algunos matices del griego “barbarós”, a las poblaciones originarias del valle del Indo, creando así una situación imaginaria donde la exclusión

constituía por sí misma un fenómeno “social”. Siendo ellos mismos bárbaros, acusaban de barbarie a los herederos de las civilizaciones precedentes. Más tarde se añadirían a este elenco de “despreciables extranjeros” árabes, turcos y chinos. Del mismo modo los árabes, poco después de entrar en el universo civil, utilizaban la palabra “adjami”, para definir a los persas, herederos de aquella antigua y elevada cultura contra la cual habían luchado por la influencia sobre el mundo musulmán. No es un reduccionismo pensar que el contacto cultural entraña, entre otros muchos factores, un problema de rechazo frente a lo foráneo y en algunas ocasiones un complejo cultural disfrazado de inferioridad/superioridad.

Frente a situaciones de facto, la interculturalidad se ha perfilado como un intento de comprensión reflexiva y, en muchas ocasiones, como un dispositivo para generar políticas de actuación social cuya finalidad aparente es intentar destensar la cuerda de la cultura y los prejuicios sociales.

Es un hecho notorio que cada vez con más prolijidad asistimos a la emergencia de esta parcela de estudio en seminarios, encuentros y publicaciones. La comunicación intercultural, pues, encierra la generosa pretensión de solventar fenómenos sociales muy actuales como son la emigración, la xenofobia, el racismo o la educación multicultural. Resultado de la convivencia de culturas distintas, surge el cuestionamiento de la visión sociopolítica del mundo desarrollado. En el exterior, hablamos de la dominación de nuestras tecnologías, de nuestras lógicas de vida y producción en su acción colonizadora en mundos culturales a los que son ajenas. En el interior, y desde nuestra perspectiva occidental, el Viejo Continente se preocupa de la protección y la valorización del patrimonio cultural frente a la hibridación. Reacciona con el etnocidio de sus propias minorías y con las ayudas públicas (como única vía de conservación de su patrimonio cultural, artístico y educativo).

Cabe interrogarse, por tanto, acerca de la autenticidad de los fundamentos epistemológicos de la comunicación intercultural en el que los investigadores están desarrollando su trabajo. La gestación de este nuevo paradigma ha descubierto numerosas controversias que adquieren un talante tumultuoso en sus conjeturas, deslizadas hacia posturas etnocéntricas, cerradas, estrechas, nacionalistas y a veces, desequilibradas (entre el relativismo cultural o el fundamentalismo racional).

Así, hemos comenzado este nuevo siglo, con encuentros internacionales y políticas renovadas, que disfrazan la tragedia de los movimien-

tos migratorios humanos y la imposibilidad de vínculos sinceros mediante las relaciones internacionales en una preocupación superficial de la cosustancialidad de lo abstracto, de lo abarcable/inabarcable que supone la diferencia cultural.

El neoplatonismo marxista y liberalista (frente al relativismo epistémico posmoderno) en el campo de la comunicación, orientado al alcance de razones que superan la naturaleza humana como la igualdad, la justicia y la fraternidad, permanece ciego ante la imperfección de los hombres; sus postulados exigen ocultamente que la revolución deberá comenzar con una nueva generación (¿de jóvenes?) que construyan una sociedad sin diferencias culturales, en la interculturalidad, en el diálogo y el consenso de todos los que constituimos la humanidad (o por lo menos así, lo vemos en el discurso publicitario o promocional de las innumerables asociaciones y congresos de estudios semióticos, de comunicación, de sociología, de antropología que se suceden durante el período de tiempo en el que elaboramos este monográfico). Y es que Europa y sus intelectuales continúan vinculados por los fuertes lazos de la subvención científica; digamos, de acuerdo con el programa estatutario de la sociología de la ciencia, que sencillamente investigamos lo que nos pagan (la supervivencia) o lo que nos acredita (la vanidad, una nueva forma de sobre-vivencia). Lamentablemente esta situación imposibilita escuchar en los foros intelectuales a las víctimas de la invisibilidad que generan los estudios institucionales. En la posmodernidad, el cambio de paradigma científico ha degenerado en la renovación continua y en el consumo de políticas científicas espectaculares. Es la solución a la necesidad que tiene la ciencia (social) de estrategias de mercado: la ciencia en la posmodernidad también debe promocionarse mediante representaciones banales que todos entiendan. Como afirmaba Umberto Eco, la ciencia se percibe como magia cuando no se nos muestra, divulgativamente hablando, la serie consecutiva de relaciones de causalidad y las metodologías que nos acercan al conocimiento y a la comprensión del objeto. No hace poco era la comunicación alternativa, la ecología de la comunicación... en la actualidad vuelve la comunicación participativa, la sociedad del conocimiento, la sociedad global, la interculturalidad.

Frente a ello, debemos estar con Rorty cuando afirma que hemos de olvidar los grandes discursos, los grandes dogmas, las grandes creencias

y las grandes teorías, incluso las propias de las ciencias sociales alrededor de grandes nociones (participación, tolerancia, justicia) que pueden convertirnos en una ideal sociedad, para comenzar por nuestras objetivas y concretas imperfecciones (vanidad, soberbia, miedo, ambición, desconfianza). Debemos olvidar lo que las teorías pueden hacer por los otros, para comenzar a pensar lo que las teorías nos hacen a nosotros: la invisibilidad y la descorporeidad del individuo diferente.

La invisibilidad es consecuencia de una espectacularización del objeto científico que lo desmaterializa y lo transforma en un fenómeno fantasmagórico; Baudrillard, Baumann, Talens o Méndez Rubio se refieren a ello como el simulacro posmoderno. La descorporeidad es el proceso final de la espectacularización mediática, y acontece cuando desalojamos a los individuos de toda dimensión biológica, y el observador olvida que ya no mira una vida llena de imperfecciones, necesidades primarias y limitaciones y lo contempla como modelo científico que puede sujetarse a leyes fuera de su condición orgánica. Entonces, el hombre es un conjunto de presupuestos, de premisas falsas que componen modelos teóricos de una sociedad sin hombres. Los estudios culturales son una referencia intelectual para aproximarnos a este complicado mundo que dibujan no sólo las comunicaciones de datos a través de las redes digitales; la propia globalización debe comprenderse también como el movimiento de los humanos que se desplazan por mapas geopolíticos. Ese movimiento de las personas activa la espectacularización; curiosamente, cuando el hombre extranjero atraviesa nuestra frontera su figura se desvirtúa a través de los imaginarios occidentales. La inmigración, la interculturalidad, el diálogo en la diferencia, la participación entre todos experimenta un proceso de escenificación que solicita la estimulación sensorial y perceptiva frente a la verdadera racionalización y reflexión. El inmigrante y la cultura de las minorías es conducida por las mismas instituciones sociales a la contemplación espectacular, es representada para su consumo mediático en discursos científicos, políticos y sociales.

A pesar de este panorama crítico y, en ocasiones, pesimista, sigue siendo necesario abrir puertas a la reflexión y a la comprensión de los fenómenos propuestos, porque es objeto de todo propósito científico escrutar las sendas sin obviar nuestra propia capacidad autocrítica. Todos somos hijos de un imaginario, como postulaba Gilbert Durand, y la in-

terculturalidad es a su vez un propio imaginario en el cuál nos movemos hoy en día.

En este proyecto de **Sphera Publica** reunimos sólo la sincera voluntad de aproximarnos al estudio de un fenómeno que, aunque pueda parecer reciente por la avalancha de intereses y páginas publicadas en torno a él, siempre ha existido: culturas dominantes que ejercen su poder sobre culturas (¿débiles?) y dominadas. Es importante no perder el rumbo y seguir percibiendo lo fundamental: destacar lo humano dentro de esta relación de poder, lo humano que es vivir en la diferencia y lo humano que es aceptar el continuo conflicto que supone ver la vida de modo distinto al otro.

Asumir esta eterna pugna no implica otra cosa que aceptar nuestra propia condición (¿posmoderna aún?) y elaborar propuestas de gestión e interpretación que nos permitan, a través del conocimiento, fomentar antes que la tolerancia, el respeto, que se convierte en la premisa fundamental para actuar e interactuar en el siempre proceloso ámbito de las identidades y las contraidentidades.

Con tal fin, ofrecemos en el monográfico que el lector tiene en sus manos un panorama crítico lo suficientemente abierto como para recrear un escenario que no pretende en modo alguno ofrecer una única dirección de pensamiento; muy al contrario, intentamos aportar un tramo del trayecto que aún queda por recorrer, intentando obviar teorías vacías, intransitivas, y dar pábulo a experiencias investigadoras con una contundente razón práctica.

Desde la óptica interdisciplinar que planteábamos en esta presentación, encontramos en este volumen de **Sphera Publica** trabajos que nos hablan de las estrategias para la resolución de diferencias o, cuanto menos, para limar las asperezas que frenan el contacto y su posterior imbricación, vinculando la interculturalidad con los conflictos sociopolíticos y económicos. En ese sentido, **Carlos del Valle** construye una “Genealogía crítica de la Comunicación Intercultural”. Trabajo que empatiza abiertamente con el elaborado por **Mohammed Elhajji**, cuando aborda la cuestión de la “conflictuosidad” interétnica. **Miquel Rodrigo Alsina** nos presenta un ejercicio práctico de cuestionamiento de cómo la interculturalidad presenta obstáculos necesariamente superables y nos propone una nueva forma de “mirar” dicho fenómeno y **Antonio Gómez Aguilar** dibuja, a tenor del concepto de Noosfera –vinculado con Inter-

net como espacio de socialización–, una propuesta de aprovechamiento de ese nuevo entorno mediático para el desarrollo de la comunicación intercultural. El concepto de “redes ciudadanas” parece propiciar también el desarrollo de los estudios sobre la interculturalidad desde una perspectiva dual: teórica y tácita. **Fernando R. Contreras** escruta la posibilidad de una “urbanización epistémica” de las zonas periféricas del mundo y cuestiona críticamente la existencia de dos mundos enfrentados, en situación de desigualdad ante el conocimiento. La interculturalidad, además de adaptarse a los nuevos entornos, es también un pretexto para analizar las interrelaciones en diferentes campos de dinamización cultural. En esa línea, **José Luis Campos** nos oferta una propuesta de análisis centrada sobre las vivencias interculturales aplicadas al campo de la música, como marco de producción de sentidos, de mixtura y contacto.

Otro frente de trabajos presentados en este monográfico, es aquel que se centra sobre el estudio y reflexión de las “representaciones identitarias” aportadas por los medios de comunicación. **Andreu Casero**, por una parte, y **Víctor Sampedro**, de otra, establecen una interesante analítica acerca de la construcción de identidades sociales frente a las identidades mediáticas, y su directa implicación. La imagen del “otro” y su representación es el objeto del artículo elaborado por **Jessica Retis** que también abunda en el poder de los medios como “constructores” de la representación del inmigrante (latinoamericano). Por su parte, **Raquel Paiva** y **Muniz Sodré** trazan una interesante propuesta de revisión de los tópicos contemporáneos acerca del consumo y de los medios, entorno a la cuestión de los prejuicios raciales comunitarios. Finalmente, **José Fernández-Rufete** plantea, desde una óptica antropológica, asentar su propio punto de vista sobre la violencia de determinados conceptos y discursos que nos hablan de la inmigración de una forma reduccionista; en su trabajo vuelve a aparecer de nuevo el concepto de “invisibilidad” transformado, metafóricamente, en la imagen de “voces silenciadas”.

Con el mismo propósito crítico inicial, clausuramos estas breves páginas introductorias, llamando de nuevo la atención sobre la necesidad de concentrar las energías académicas en abandonar paulatinamente miedos, vanidades y, por qué no, prejuicios e intereses creados, con el fin de generar propuestas de interpretación cuya aplicación y practicidad permita paulatinamente dejar de considerar la interculturalidad

como un problema para empezar a contemplarla como un fenómeno fractal, indisoluble de nuestra propia realidad social cotidiana, que necesita respuestas, en plural. Respuestas múltiples a un fenómeno colectivo que, en ocasiones, se nos vuelve contra nuestros propios estatutos culturales a causa de nuestro ancestral miedo a lo desconocido, a lo que se halla ahí fuera. Una difícil cuestión de perspectiva, sin duda.